

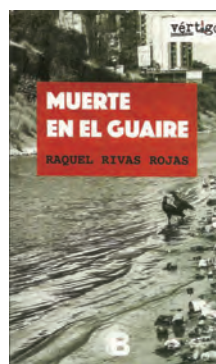
RAQUEL RIVAS ROJAS. MUERTE EN EL GUAIRE

Verónica Álvarez
Universidad Simón Bolívar
valvarez78@gmail.com

No se escribe para ilustrar tesis filosóficas o políticas ajenas. La ficción misma es un tono de filosofía privada.
José Balza

Muerte en el Guaire (2016), novela publicada por Ediciones B Venezuela en Caracas, es el segundo libro de ficción de Raquel Rivas Rojas, cuya trayectoria como investigadora, crítica literaria y docente es conocida. Desde que se radica de manera definitiva en Edimburgo, comienza su actividad como escritora de ficción con curiosos y penetrantes relatos cortos, en los cuales explora temas que oscilan entre la singularidad de lo imperceptible hasta la reflexión y crítica sobre literatura y cine. De estos relatos surge su primer libro de cuentos, titulado *El patio del vecino*, edición que estuvo a cargo de Equinoccio, editorial de la Universidad Simón Bolívar, en el año 2012.

En esta ocasión, Rivas se dispone al relato largo y presenta una novela enmarcada dentro del género conocido como novela negra, en la que se relatan distintos incidentes y circunstancias que atraviesa un grupo de amigas con el propósito de esclarecer el misterio que se halla detrás del hallazgo de varios cuerpos sin vida en el río Guaire.



Raquel Rivas Rojas. *Muerte en el Guaire*. Caracas: Ediciones B Venezuela S.A. (2016).

Reseña escrita por
Verónica Álvarez
Universidad Simón Bolívar

El agudo ejercicio analítico de crítica que Rivas dirige a cada discurso que pasa por sus manos, no es ajeno en ese libro de ficción. Todo cuanto pueda ser reflexionado y puesto en cuestión tomará protagonismo en medio de la trama: el género policial, el país y el acto de escritura. A pesar de que nos encontramos frente a un asesinato y al personaje del detective –honesto, hombre común, relativamente pobre, solitario y valiente– no es el relato habitual de pesquisa en el que se desmaraña un misterio tras un proceso de lógica y deducción. Muy por el contrario, Rivas empuja al género precisamente hacia lo que no esperamos de él, y otras veces lo desnuda abiertamente: “La pregunta clásica de todo policial, esa pregunta que parece el título de una novela de Vargas Llosa –¿Quién mato a Antonio Peralta?– es una pregunta ociosa entre nosotros. Porque todo el mundo sabe quién lo hizo. Aquí no hace falta devanarse los sesos con ese tipo de dilemas (...) Somos tan habladores, tan echones, tan retorcidamente exhibicionistas, que la confesión espontánea echa a perder todo el suspenso” (Rivas, 2016:37). Más adelante: “Alguien dijo alguna vez que los crímenes que cometen los pobres contra los pobres no le interesan a nadie”, un comentario tomado de Monsiváis para explicar por qué en nuestros países el relato policial no prospera: “preferimos distraernos, digo yo, con intrigas de cartón piedra. Por eso la telenovela es nuestro género favorito. Y los misterios que nos atormentan no van por el lado de ¿quién mató a Antonio Peralta?, sino más bien por el lado de ¿quién es el padre de Carlos Ramírez?, ¿de quién es hija Mariela Salas? Y por ahí va mi reporte de hoy, querida” (Rivas, 2016:64).

Por otra parte, el acto de escribir y el proceso de narrar se convierten en un objetivo tan o quizás más importante que la misma trama criminal. Me permito especular que, así como Gilles Deleuze utiliza la obra de Kafka o Proust como excusa para plantear problemas y nociones filosóficas, Rivas recurre al subterfugio de un crimen para precisar diversas consideraciones y posiciones críticas sobre la enunciación. Propone entonces el tópico de la escritura que se refiere y se identifica a sí misma (Cfr. Cróquer, 273). El que enuncia es más importante que lo enunciado. La narradora parece regodearse más en discurrir sobre la forma en que comunica la historia a su lectora, que en contar la intriga misma.

Desde las primeras líneas de la novela fue inevitable recordar la extensa “carta dialogada” que abre *Ifigenia* (1924) de Teresa de la Parra en la que María

Eugenia Alonso escribe a su amiga Cristina. El estilo discursivo de la carta –formato recurrente en la obra de Rivas– le asigna el tono y la expresión a todo el relato. La carta abre el espacio de la intimidad y lo privado, nos prepara como lectores a participar de detalles íntimos e introspecciones no desveladas en el espacio público; sin embargo, Rivas nos pone en jaque –como ya lo hecho con el género policial– y rompe con ese pacto de lectura que la carta propone. A diferencia de María Eugenia Alonso, las cartas (o correos) que Sere escribe a Olga no discurren sobre la intimidad y los secretos pensamientos de su autora, no se trata de una confesión, porque la materia no pertenece al espacio privado, sino de algo todavía más intrincado, se trata de discurrir sobre el espacio público desde una perspectiva privada (Rivas, 2016).

La narración en primera persona nos invita a esperar del testigo su testimonio, sin embargo, lo único cierto que la autora revela es que no conoce detalles y no es deponente de nada de lo que está escribiendo más que del propio acto de escritura, que se lleva a cabo en la mesa de un restaurante. Los pormenores intrínsecos que comparten las amigas respecto a su vida pasada permanecerán imprecisos para el lector. Hasta el final los cabos quedarán sueltos y la historia “en vez de terminar se desdibuja, se disuelve” (Rivas, 2016:153).

Lo realmente importante es el gesto de la escritura, la forma como va realizándose y el comentario permanente sobre la tarea, el cuento es la excusa para reflexionar sobre el narrar. Así despliega un “*ars narrativa venezolana*”, porque esta escritura que se produce y sobre la cual se reflexiona a cada instante, no es solo el resultado del país en el que vivimos, sino que a su vez la entorpece y la determina: “pero tú me dirás cómo hace uno para contar una historia lineal, ordenadita y llena de detalles significativos cuando se vive en una ciudad desquiciada como Caracas (...) ese ritmo alocado se te mete en la sintaxis, en la puntuación y hasta en la ortografía. Y entonces los cuentos te salen rotos. Fragmentos de historias es todo lo que podemos contar, amiga” (Rivas, 2016:32). Las cavilaciones sobre el país se yuxtaponen con la deliberación enunciativa porque la realidad de Venezuela se impone de manera contundente en el quehacer literario.

Con la gracia de una prosa ágil que emana cierta frescura y suavidad, la escritura se convierte en paradoja del horror que relata. La narradora se expresa de una manera ligera y distante: “no soy más que la voz que cuenta esa historia. Una voz impaciente e incrédula. Contradictoria. La voz del chisme, si

quieres, del cuento de sobremesa. No tengo porqué ser rigurosa” (Rivas, 2016:80); y por lo tanto, tampoco un narrador confiable. En efecto, la carta a la amiga le permite contar una historia atroz con la ligereza de un cotilleo entre amigas, sin exaltaciones, casi entre risas. El discurso desnuda, en su forma de hacerse, una verdad venezolana aterradora: el crimen no es noticia, es un chisme, una costumbre; por ello la solución al misterio se distancia de las típicas escenas deductivas en las cuales el investigador esclarece las pesquisas a través de un proceso lógico. Se trata de un cierto modo lejano de narrar, que discrepa con la primera persona e impone una gélida y necesaria distancia para no afectarse tras el hecho violento y mortal; una manera de sobrevivir al caos.

Sin heroes, redención ni justicia, *Muerte en el Guaire* es un libro que se inscribe en esa tradición de la literatura venezolana que ha tratado de explicar un país que resulta inexplicable. Por ello no es casualidad la referencia constante a *Doña Bárbara* (1929), en donde el sueño de Santos Luzardo de ver la civilización instalada sobre el anarquía y el salvajismo —tras la amenaza barqueriana de que la barbarie va a tragárselo— se une con el sueño de Sere de vivir en un país en donde la paz se instale sobre la violencia. Una salida que, se presupone, llegará por la imposición de la voluntad humana sobre una tierra que sigue siendo indómita, bárbara y sin ley. De ahí, la representación de los personajes del gobierno de la historia venezolana más reciente, como caudillos y espantos, en contraposición con nimios sujetos de destinos inciertos que se encuentran impotentes ante la avasallante y perpleja realidad que los rodea. Quizás comparte Rivas con Gallegos, una actitud de acentuada “conciencia histórica y sociológica hacia la realidad circundante” (Balza, 2013:229).

Se busca un porqué y se sueña un futuro mejor porque el presente es un luto que no tiene visos de terminar, el duelo de un país que se extravió porque la crisis de los venezolanos está más allá de lo político y lo económico, es humana. Lo que está desmembrado en Venezuela es el individuo, tal como esos cuerpos sacados de la cloaca que atraviesa Caracas en la primera escena de la novela.

Crímenes atroces sin resolver, un asesinato por muy poca cosa, la extraña y angustiante manera de actuar y prevalecer que tiene la “justicia” venezolana, el abominable comportamiento de quienes gobiernan para engendrar el miedo, la impotencia del ciudadano común, la reflexión que no arregla nada,

todos estos elementos se imbrican con un discurso que nos susurra esas palabras cuyos significados se han ido cargando de un peso amargo y terrible para los venezolanos: caracazo, motorizado, colectivos, violencia, militar, policía, víctima, malandro, barrio, linchamiento, sicariato, morgue, torre de David, zonas de paz.

Todos pueden leer *Muerte en el Guaire* pero solo los venezolanos pueden “sufrir” el texto. Una novela que oculta tras su aparente sencillez un intenso trabajo de reflexión y de escritura.

Bibliografía

- Balza, J. (2013) *Ensayos de humo*. Caracas: Equinoccio.
- Cróquer, E. (enero-junio de 2016). Juan Zapata. “La invención del autor. Nuevas aproximaciones al estudio sociológico y discursivo de la figura autorial (Juan Zapata compilador y traductor)”. *Estudios. Revista de investigaciones literarias y culturales*, 21(42), 273-276.
- Rivas Rojas. R. (2016) “El agua transforma las letras de Raquel Rivas” en <http://noticias.anotao.com/link/ve/2016050280386/> (6 de mayo de 2016). www.el-nacional.com/escenas/agua-transforma-letras-Raquel-Rivas_0_842316022.html. (visitado: 13 de julio de 2016).
- Rivas Rojas. R. (2016) *Muerte en el Guaire*. Caracas: Ediciones B Venezuela S.A.